

CIENCIA HOY

PROYECTOS Y UTOPIAS EXPLORATORIAS DE LA EDAD CIENTIFICA *Africanismo, balloons y narrativas en la última mitad del siglo XIX*

Por Ricardo Cicerchia
CONICET/UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Los vientos de época

Hasta finales del Siglo XVIII, las exploraciones europeas eran programas navales. Las expediciones, financiadas oficialmente, fueron la punta de lanza de un proyecto de dominación colonial. Los interrogantes geográficos giraron en torno a la *Terra Incognita* del hemisferio sur y a potenciales asentamientos. El liderazgo de Gran Bretaña y su Armada Real eran incuestionables, y con raras excepciones, sus empresas las únicas capaces de realizar los complejos e imprescindibles viajes de circunnavegación.

Para 1780, la muerte del capitán Cook coincidía con un conocimiento relativamente preciso de los contornos de cada continente y de las siluetas de las islas del Pacífico. Desde entonces, el gobierno británico dejó de solventar los viajes de exploración, y Francia, el otro poder marítimo, concentraba sus energías en un extraordinario proceso revolucionario.

Sin embargo, el gusto por la exploración no se detenía. El llamado a la aventura científica convocó a un nutrido contingente de particulares que, lejos de cualquier interés burocrático, mapearon a su manera las geografías aún desconocidas del planeta. Del mar se pasó al interior de los continentes. El Amazonas, India y Australia fueron desde entonces visitados por intrépidos y ambiciosos europeos. Pero fue Africa, el destino que despertaba la mayor atención. Cercana, amenazante, prehistórica, nómada, caníbal, malárica: los orígenes de la especie y la mejor presa del nuevo colonialismo.

El *playboy* convertido en genial botánico, Joseph Banks (compañero inseparable de Cook), había formado en 1788 la *African Association* para el estímulo de la exploración del “Continente Oscuro”. La cartografía y el racialismo habían acuñado esta denominación. Al sur de El Cairo y al norte de Ciudad del Cabo todo mapa se coloreaba con un intenso gris-negro que indicaba aquellas incertidumbres geográficas de la época.

Comisionada por la Asociación, una primer expedición comandada por John Ledyard terminó antes de comenzar con su misterioso fallecimiento en Egipto. Como natural resultado, el desafío elevó el interés y los honorarios requeridos para cualquier viaje africano. Por entonces, la *London Geographical Society*, luego convertida en *Royal*

Geographical Society, absorbía la *African Association*, y los botánicos se transformaban en los pivotes de la nueva generación de exploradores. Para 1850, esta tendencia ya estaba consolidada, y en la marquesina de los expedicionarios, una figura estelar: el Dr. David Livingstone. Él sería el encargado de descifrar parte importante del enigma por excelencia del África profunda. Hablamos, obviamente, de las fuentes del Nilo.

Contemporáneamente a la misión de Livingstone, se desataba del otro lado del Atlántico Norte la Guerra Civil. Entre sus novedades, el uso militar de los globos aerostáticos setenta años después de los primeros vuelos de la revolución francesa. Su papel fue, para ser honestos, poco menos que insignificante. Pero a su manera, algo lúdica, marcaron el comienzo de una asociación entre los globos y el desarrollo científico, tanto en el arte de la aeronavegación como y principalmente en las empresas exploratorias. Mirar –y relatar– desde arriba cambiaba no sólo la perspectiva, sino también la proyección.

También Inglaterra soñaba con despegar de tierra y mar. Algunos de los miembros más conspicuos de la *Royal Society*, coqueteaban con la idea de enormes globos sobrevolando ciudades y campañas. Los numerosos lanzamientos realizados a partir de la década de 1860 fueron primera plana de los periódicos más populares. Los majestuosos y espectaculares aerostatos eran observados por verdaderas multitudes que trataban de entender sus erráticos itinerarios en las columnas de los especialistas de *The Times*, *Telegraph* y *Spectator* de Londres, o el *Sun's*, *Tribune* o *Herald* de Nueva York. Fue esta década testigo de las primeras luchas titánicas de los grandes editores por la captura del favor del público hacia sus líneas editoriales.

El duelo del Nilo

16 de Septiembre de 1864. Viernes, 11 de la mañana en la convención anual de la *Association for the Advancement of Sciences*. Richard Francis Burton, acompañado por su esposa Isabel, espera impaciente la iniciación del debate. Las cicatrices somalíes en sus mejillas lo pintaban como un verdadero matador en tierras africanas. Una y otra vez repasaba la defensa de sus argumentos, los que seguramente serían revatidos y hasta ridiculizados por otro prohombre del africanismo, John Hanning Speke.

Circularon rumores de cancelación entre la audiencia de más de dos mil asistentes, entre ellos, dignatarios extranjeros, científicos, periodistas y no pocos especuladores. Tampoco la intensa lluvia había aminorado el entusiasmo por aquello que los diarios titularon “El Duelo del Nilo”. Burton y Speke, socios en la misma dramática expedición, deberían discutir quién había sido el descubridor de las fuentes del río, el dilema geográfico más relevante en la historia de la conquista de África.

El *HMS Furious* devolvió a Speke a Inglaterra en 1859. En pocos días y sin perder tiempo el famoso expedicionario convenció a la *Royal Geographical Society* de la certeza de sus descubrimientos. Burton quien ya había denunciado a su socio de intolerante, llegó algunas semanas después. Los ahora rivales iniciaron una controversia

que se extendió tanto a círculos científicos como a los *pubs* más mentados de Londres durante los siguientes cinco años

Speke juró que un rectángulo de agua del tamaño de Escocia, el Victoria Nyanza (Lago Victoria) conformaba el nacimiento del Nilo. Mientras que Burton ubicaba la fuente en el lago Tanganika. Estos viejos conocidos –alguna vez amantes-, serían los protagonistas de una historia de aventuras y celos, por un lugar de honor entre los grandes exploradores universales. Discutían ni más ni menos la ubicación del corazón de Africa.¹

El Nilo viaja de sur a norte hasta llegar al Mediterráneo. Sus fuentes siempre tuvieron bastante de acertijo en los mapas. Diversas teorías, desde las inclinaciones de la línea del Ecuador hasta el flujo acuático de una plataforma planetaria, trataron de explicar sus nacientes. En el año 460 (antes de Cristo), Heródoto ubicaba las fuentes a 600 millas de El Cairo, lo que luego se conoció como la Primera Catarata. En el 140 (después de Cristo), con el misterio aún sin resolver, Ptolomeo concluyó el primer mapa con ecos de las leyendas africanas sobre cumbres nevadas en la línea ecuatorial. Ideas ciertamente más ingeniosas que verosímiles. El enigma siguió intacto. En 1789, Lord Nelson destruyó la armada napoleónica en la batalla del Nilo. Sus fuentes, libres de obstáculos militares, y ya desprovistas del secreto de la juventud y de tesoros escondidos, reservaban la gloria ... para los británicos. Desde entonces y hasta 1856 una pléyade ecléctica de traficantes, religiosos, aristócratas y viajeros, entre los que se destaca un puñado de mujeres, transitan la región. Para todos el reto sino la muerte.²

Un público perfectamente anoticiado de estas historias y de los argumentos de los duelistas veía pasar el horario de iniciación de la reunión con alguna impaciencia. Sin perder la elegancia, y a pesar de la desilusión de no poder contar con la presencia del Dr. Livingstone, un moderador de lujo, comenzaron a reclamar por la aparición de Speke. Por entonces, sus viajes, relatos y oratoria eran ya parte fundacional de la mitología del africanismo en Europa. Pasados veinticinco minutos del horario de la convocatoria, la puerta finalmente se abrió. Los miembros más jerarquizados del Consejo de la Sociedad se ubicaron en sus asientos. Murchison, su presidente, en tono solemne apenas esperó el silencio de la sala para disculparse por la demora. Súbitamente, en un clima expectante ya instalado, anunció: el capitán Speke ha muerto. Empuñando su rifle, un disparo directo al corazón lo desplomó irreversiblemente. Jamás se pronunció la palabra suicidio, las reglas del panteón lo prohibían.

¹ El Nilo fue por siempre portador de una aurea mágica. Por coincidencia, presenciando la muestra “Alighiero Boetti. Casi Todo” en la Fundación Proa de Buenos Aires, en diciembre de 2004, me topé en la última vitrina de la última sala con el exquisito e intrigante *Clasificando los mil ríos más largos del mundo* de Alighiero Boetti y Ane-Marie Sauxeau-Boetti (Sergio d’auria, Ascoli/Piceno, 1977). El número uno correspondía al Nile-Kagera (White Nile). Entre su datos de indentidad figuraban los 6.671 Km. de extensión asignados científicamente por el Profesor Devroey.

² No es azaroso el paralelo que se traza entre la saga de Livingstone-Stanley (paradigma de la impenetrabilidad del interior africano), como veremos más adelante, con la obra de Joseph Conrad, *Heart of Darkness*. Stanley es Marlow, Livingstone, obviamente, Kurtz, para la inmortalidad literaria de ambos.

Livingstone & Stanley

Dos años después, en 1866, a sus cincuenta y tres años el Dr. David Livingstone esperaba en su modesta casa de Zanzíbar el barco que lo llevaría por última vez a su amado continente. Aunque Zanzíbar lo maltrataba con sus excrementos callejeros, burócratas, cazafortunas inescrupulosos, y las postales miserables que producía el comercio esclavista, una vida de exploración africana necesitaba un corolario de éxito. Sus abigarrados cuadernos de notas, una vez libros, acuñaron la marca africana. De su pasión y experiencia brotó ese interior de mosaicos selváticos, montañosos, desérticos, pantanosos, de veinte millones de habitantes, seiscientos dialectos y una lengua dominante, el bantú, que perfilaron por siempre el imaginario africanista subsahariano.

A esta edad ya madura, Livingstone comenzaba la más ambiciosa aventura de su vida: descubrir las fuentes del Nilo. Entrar a África por el Este, y viajar hacia el oeste a lo largo del curso del Zambezi. Dos años en *Terra Incognita* serían suficientes para lograr la proeza. Sus conocimientos y su mística (lo que los árabes denominan *baraka*) eran el reasurgido de un pasaje exitoso por regiones vírgenes de la pisada europea.

Aprovisionado de trece guías (*sepoys*), dos docenas de portadores, seis camellos, cuatro monos, tres búfalos, dos mulas, un ternero, vituallas, instrumental y medios de intercambio como telas y semillas, se dirigió hacia la villa de Ujiji, donde esperó un nuevo cargamento con más provisiones. Contrariando su espíritu solitario, dispuso de una auténtica caravana que ya se aprestaba para su marcha hacia el interior. 4 de abril de 1866: último contacto. Desaparecido, reencontrado, extraviado, sobreviviente, Livingstone fue dado siete veces por muerto en los periódicos de Londres.

En Estados Unidos, apenas un mes después, un ilustre desconocido, Henry Morton Stanley, iniciaba sin saberlo la búsqueda del Dr. Livingstone. Mediocre veterano de guerra, minero fracasado, marinero amateur, pero aun joven (25 años), y estadounidense, Stanley manipuló su vocación literaria para acercarse a una leyenda viviente. Su primer estación: Nueva York.

En las vísperas de la navidad de 1867, Stanley se dirigió al Bajo Manhattan, más precisamente a las esquinas de Broadway y la calle Ann. En las oficinas del *Herald* encaró a su mismísimo editor, James Gordon Bennet, Jr., sin entrevista previa y sorteando una nutrida valla de secretarios parapetados detrás de una gruesa hilera de escritorios. Una breve presentación y al grano. Stanley le propuso, a su costo, la cobertura de la “guerra” de Abyssinia. Ese cuerno de desiertos y montañas se había convertido en noticia por una toma de rehenes ordenada por el emperador Theodore. Sesenta y siete diplomáticos británicos y cerca de doscientos sirvientes fueron llevados a la ciudad-prisión de Magdala en calidad de detenidos. La Armada Británica no demoraría mucho el rescate, y el asunto asombraba por entonces. Bennet dio el visto bueno y Stanley partió de inmediato el 22 de diciembre.

El general Sir Robert Napier no sólo liberó a los prisioneros sino que también mató al emperador y parte de su corte en el proceso. Stanley pudo contar brillantemente la campaña aprovechando el telégrafo que funcionaba desde Suez por primera vez. El soborno de su operador le permitió el crédito de la primicia para sorpresa e indignación de la prensa británica. Su estilo ágil, íntimo, ingenuo y libre de todo preciosismo lingüístico le otorgaron una vertiginosa reputación y la dirección de la correspondencia en Londres (con destino a cualquier parte del mundo) del periódico de Bennet. Su próxima misión: la búsqueda de Livingstone perdido en Africa.

Balloons

Hacia el 1800, los globos aerostáticos presagiaban la posibilidad de vuelos largos. Se aseguraba entonces, que si se lograba ascender en el momento de vientos favorables, era posible viajar más distancia en menor tiempo. Uno de estos pioneros fue Jean-Pierre Blanchard quien cruzaba heroicamente el Canal de la Mancha el invierno de 1785.

Los tempranos comienzos de la aeronáutica fueron marcados por la determinación y coraje de los aeronautas y por una interminable lista de ideas curiosas. La dirección del vuelo desafiaba las mentes más agudas de las luces. Se intentó todo o casi todo. Timones, águilas atadas, ventiladores gigantes, cañones. Entre tanto intento, Joseph Montgolfier se acercaba a los principios de la propulsión. En un globo de 92 pies de ancho por 100 de alto, inflado con aire caliente producido por fuego en la parte inferior del cuello, introdujo la novedad de incorporar un pequeño orificio de 14 pulgadas de diámetro, lo que permitía, a través del escape de aire, el control de la dirección.

El excentrismo del viaje en globo subsumió por décadas los avances técnicos. La exhibición pública más que los beneficios científicos gobernaron los desarrollos aerostáticos hasta las primeras décadas del siglo XIX. Sin embargo, las alturas de la atmósfera ofrecían un laboratorio de primer orden para el avance de la observación científica, y una perspectiva única para completar las geografías planetarias. Así entendido, globo e instrumental geodésico fueron desde entonces inseparables (barómetro de Torricelli, termómetro, reloj, higrómetro y aguja magnética, los más convocados).

Si la falta de oxígeno en la altura no había sido totalmente entendida, no menos importante era el nuevo punto de vista, la escala. Pero estos aeronautas sólo disponían del barómetro como altímetro. En 1804, Etienne Robertson, con cierta fama de charlatán, proclamó haber llegado a los 24.000 pies de altitud. Pero fue recién en 1846 que se lograba la primer gran marca. Gracias a la pericia del francés llamado Arban se voló por encima de los Alpes (viaje todavía riesgoso para los modernos jets), con la única orientación de la luz de la Luna. Por seguro se había alcanzado una altura de más de 15.000 pies.

Si la altitud se rendía ante la destreza de globos y pilotos, la variación de la temperatura y la velocidad de ascenso y desplazamiento fueron los otros grandes desafíos. En 1851 la *British Association for the Advancement of Science*, hizo evidente

su renovado interés por la aerostática. Uno de sus miembros, John Welsh, director del Observatorio Meteorológico de Kew, instruyó al veterano aeronauta Charles Green para que lo transporte a una altura suficiente (23.000 pies) para observar los movimientos y formas de las nubes en la formación de nieve. A partir de esta experiencia los globos debían ayudar a resolver una batería de asuntos pendientes: alteraciones de la temperatura atmosférica; condiciones eléctricas del aire en la altura; condiciones atmosféricas vinculadas con el oxígeno y el ozono; variaciones del magnetismo; densidad de las nubes.

De 1860 es la primera descripción del Londres nocturno. Una constelación de luces seguida de la profunda oscuridad azul de la campaña que se interrumpía por el resplandor de la línea de *pubs* que anunciaba Essex. Una auténtica fotografía de la imaginaria victoriana.

Julio Verne y las aventuras de la literatura de la ciencia

Verne, como ningún otro escritor, combinó la novedad de los globos, el dilema africano y el relato de viaje. Hombre de su tiempo, el autor de *Cinq semaines en ballon*, navegó con los vientos de su época por la conquista del espacio, viendo en los cielos la posibilidad de recrear la narrativa de la exploración científica.

Es probable que sus ínfulas literarias hubieran sucumbido de no encontrarse con P. J. Hetzel. El famoso editor valoraba tanto la ciencia como la aventura, y era un auténtico cazador de talentos. Poco a poco su casa fue fichando la flor de la literatura del siglo XIX; hacia 1850 publicaba las obras de Hugo y Michelet, entre otros. Por entonces pensaba en una revista de calidad, de espíritu instructivo y recreativo a la vez, ilustrada, apta para todas las edades y que completase la recientemente lanzada colección para la juventud. Jean Macé se encargaría de la parte educativa, Stahl de la literaria y faltaba un colaborador para el departamento científico, este iba a ser el joven que Hetzel acababa de contratar, Julio Verne.

Un día de 1862, Verne, recién casado y aburrido con las obligaciones patrimoniales y domésticas, enseñó a Hetzel el manuscrito del ensayo inspirado en las peripecias del globo El Gigante, convencido de que este nuevo personaje iba a revolucionar la práctica del viaje. El globo se bautizó Victoria, claro, y sobrevolaría todo el ancho de Africa, con tres tripulantes ingleses, el Dr. Ferguson (el científico), su amigo Kennedy (el aventurero), y un criado de Ferguson, Joe (el humanista).³

Es el relato agitado de una travesía africana que, tras las huellas de los exploradores, trataría de encontrar la fuentes del Nilo. Una hazaña sin precedentes más propia de su tiempo histórico que del despliegue de sus alucinaciones futuristas. Lo que sigue son algunos tramos del texto, veamos ...

14 de enero de 1862. Un nutrido auditorio asiste a la sesión de la Real Sociedad Geográfica de Londres, en plaza Waterllo 3. Su presidente, sir Francis M..., informaba

³ *Cinq semaines en ballon*. Primera edición, Hetzel, 1863.

con tanta solemnidad como patriotismo, que el Dr. Samuel Fergusson, hijo de un bravo capitán de la Marina Real, intentaría volar sobre Africa; su misión, completar las nociones dispersas de su geografía y fijar definitivamente las nacientes del Nilo. Ferguson en persona aguardaba en una sala contigua al salón principal hasta que fue anunciado y recibido con un tronar de aplausos.

Nuestro protagonista había cultivado su mente al calor de la lectura de las atrevidas empresas de exploración, siguiendo con obsesión los descubrimientos que destacaron la primera parte del siglo XIX. Placer que combinó con estudios serios de hidrografía, física y mecánica, añadiendo conocimientos de botánica, medicina y astronomía. Y en los fundamentos de tales convicciones, la divulgación de sus empresas, elemento central en el movimiento de la vocación científica de este tiempo. No sorprende entonces que el personaje también se desempeñara como corresponsal del *Daily Telegraph*, el gran diario londinense de una tirada promedio de 150.000 ejemplares.

Develar los secretos del Africa era la quimera a realizar, y el globo un medio fantástico para lograrlo:

En globo no se teme al calor, ni los torrentes, ni las tempestades, el simún, ni los climas insalubres, animales salvajes, ni hombres; si tengo demasiado calor subo, si frío desciendo, sobrepaso la montaña, franqueo el precipicio, atravieso el río, domino la tormenta, planeo sobre el torrente como un pájaro; marchó sin fatiga, me detengo sin necesidad de reposo, observo desde arriba las nuevas ciudades, vuelo con la rapidez del huracán, ora en los más alto, ora a cien pies del suelo, y el mapa africano se desarrolla bajo mis ojos en el más grande atlas del mundo.⁴

El viaje debía realizarse de este a oeste, aprovechando los vientos alisios, cuya dirección era constante. Punto de partida, Zanzíbar. Se siguen los pasos de nuestros conocidos Burton y Speke en su camino a los Grandes Lagos, el Tangayika, situado entre los 3 y 8 grados de latitud austral. El Dr. Fergusson advierte a los lectores que ninguno de ellos había franqueado ni los 2 grados de latitud austral, ni los 29 grados de longitud este del punto de referencia. Su objetivo sería entonces cubrir una extensión inexplorada del país de más de doce grados.

Fergusson supervisaba en persona la construcción del globo. Resolvió inflarlo con gas hidrógeno, que es catorce veces y media más ligero que el aire y de este modo resolver el problema de sus dimensiones. Sus cuidadosas mediciones determinaron un peso de cuatro mil libras, por lo cual debía averiguar cuál sería la fuerza ascendente capaz de levantarlo:

Un peso de cuatro mil libras está representado por un desplazamiento del aire de cuarenta y cuatro mil ochocientos cuarenta y siete pies cúbicos –o sea 1.661 metros cúbicos-. Dando al globo esta capacidad y llenándolo, en vez de aire, de gas hidrógeno ..., sólo pesa doscientas sesenta y seis libras, todavía queda una

⁴ Obra citada. Párrafo que corresponde al Capítulo 3.

ruptura de equilibrio, o sea una diferencia de tres mil setecientas veinticuatro libras. Es esta diferencia entre el peso del gas contenido en el globo y el peso del aire que lo rodea que constituye la fuerza ascendente del aeróstato.⁵

Estos cálculos lo convencieron de llenar el globo por la mitad para evitar que en las capas menos densas de aire, la dilatación del gas reventara la envoltura. Su arma secreta consistía en unir dos globos de diferentes dimensiones, encerrando uno dentro del otro. Debido a este diseño, el material debía ser de una resina de impermeabilidad absoluta y la tafeta cruzada de Lyon bañada en gutapercha sería ideal. Así el polo superior del globo, que hacía toda la fuerza, debía reforzarse con doble tafeta. La barquilla que era circular, tenía un diámetro de quince pies, se había construido en mimbre y poseía una ligera armadura de hierro. Su peso era de doscientas ochenta libras. Los instrumentos de viaje fueron dos barómetros, dos termómetros, dos brújulas, un sextante, dos cronómetros, un horizonte artiducial y el altazimuth para divisar los objetos lejanos. Un verdadero observatorio de altura. En su almacén, té, café, bizcochos, carne salada y pemminacan, junto a una buena provisión de aguardiente y dos tambores con agua. Por último las mantas, los fusiles de cazador y unas pocas cartografías útiles para su libro de bitácora.

Como medios de ascenso y descenso, Fergusson sólo utilizaría la dilatación o contracción del gas encerrado en el interior del aeróstato. Una vez encendido el soplete, el hidrógeno del serpentín se calienta y sube rápidamente por el tubo que lo lleva a las partes superiores. Abajo se hacía un vacío, atrayendo el gas de las partes inferiores, a su vez calentado y reemplazado, estableciéndose así entre los tubos y el serpentín una rápida corriente de gas continua. Teniendo en cuenta que los gases aumentan de 1 a 480 veces su volumen por grado de calor, si se hacía subir la temperatura a dieciocho grados, el hidrógeno se dilataría de 18 a 480 veces, y su fuerza ascendente aumentaría unas ciento sesenta libras. Si se elevaba la temperatura a ciento ochenta grados, el globo desplazaría dieciséis mil setecientos cuarenta pies cúbicos más, y su fuerza ascendente aumentaría a mil seiscientas libras.

De aquí en más un rosario de desventuras: salvar a un misionero francés de los nativos antropófagos; enfrentarse a temibles aves que agujoneaban el globo; superar enfermedades desconocidas; negociar con traficantes de esclavos; tormentas; hambre. Y un final feliz. Todos los periódicos de Europa no acababan de elogiar a los audaces exploradores en su retorno a Inglaterra. En la sesión pública de la Real Sociedad de Geografía, el Dr. Fergusson hacía el recuento de su expedición aeronáutica, obteniendo para él y sus compañeros las prestigiosas prezas de oro destinadas a distinguir la exploración más destacada de cada temporada. Como ocurría año tras año en los foros científicos europeos.

⁵ Obra citada. Párrafo correspondiente al Capítulo 7.

Los últimos viajes

1) Réquiem para el africanismo. Stanley había arreglado nuevos suministros de provisiones para Livingstone, quien había sido encontrado en Tabora en agosto de 1872 (escenario de la famosa frase: *Dr. Livingstone, I presume ...*). La salud del doctor estaba quebrantada, y no soportaría la temporada de lluvias. Hemorroides, disenteria, artritis y fiebres lo habían convertido en un espectro que soñaba con el regreso a casa. La noche del 1 de Mayo de 1873, en la villa de Chitambo, Chuma y Susi, sus leales servidores, le tendieron una improvisada cama y acomodado una red para protegerlo de los mosquitos. Sería su lecho de muerte. David Livingstone moría a la edad de sesenta años sin cumplir su último deseo.

El señor Farijala, un cirujano nativo de cierta fama, removi6 del cuerpo de Livingstone el coraz6n, los pulmones y los 6rganos abdominales. Una respetuosa y diminuta incisi6n le fue suficiente. La momia viaj6 hacia Inglaterra, m6s precisamente a la abadía de Westminster. Su coraz6n permaneci6 en Africa. Desde 6l, los exploradores recorrieron el Africa profunda, trazaron los cursos de sus ríos, situaron sus cadenas montañosas, apreciaron y coleccionaron sus flora y fauna, estableciendo vnculos con los habitantes nativos y dando un nuevo ímpetu al avance del imperialismo europeo, tiro de gracia a ese cientificismo humanista de los pioneros. En las postrimerías del 1900 el enorme continente se encontraba bajo la dominaci6n de los grandes poderes coloniales.

Henry Morton Stanley tambi6n supo recoger la gloria reservada a los grandes exploradores. Sin embargo, poco tiempo despu6s, su nombre caía en desgracia. Las sumas recibidas de las arcas de Leopoldo IV, lo hicieron cómplice involuntario de uno de los proyectos imperiales m6s crueles de la historia : el Congo Belga.

2) Réquiem para los *balloons*. Las historias de los globos aerostáticos tuvieron su propio itinerario. El viaje al Polo Norte a fines del siglo XIX, fue el último gran desafío de los viajes en globo. Salomon Andrée, el líder del proyecto sueco, había desarrollado un temerario interés por los aeronáutica, valiéndose de sus habilidades en ingeniería. Su socios árticos serían Nils Strindberg, físico y fotógrafo, y Knut Fraenkel, atleta y alpinista. El globo, construido en París, se llamaba Aguila (*Ornen*, en sueco).

Alfred Nobel fue el gran instigador del viaje polar. El 13 de febrero de 1895, Andrée di6 una conferencia en la Academia de Ciencias de Estocolmo en donde señalaba las dificultades de penetrar el Océano Artico. Allí mismo present6 su exigente plan de navegaci6n que contenía cuatro requisitos: a) aptitud aerostática para transportar tres personas y equipamiento; b) capacidad de vuelo para treinta días; c) estaciones de recarga de hidrógeno en ciertos puntos del Artico; y d) dispositivos de maniobra.

La distancia a recorrer hasta el estrecho de Bering era de 650 millas, y se pensaba que podía hacerse en seis días. El ascenso estuvo listo para el verano de 1897. El *Aftonbladet*, un reconocido matutino de Estocolmo, recibiría los informes directamente

de las palomas mensajeras que bajaban desde el Aguila. Después de un último mensaje a tierra recibido el día 13 de julio, un largo silencio –definitivo- consternó a la opinión pública del mundo entero.

Así como las fuentes del Nilo serían un misterio por más de una centuria (fueron las fotografías satelitales las que mostraron sus nacientes en las alturas de las montañas de Burundi, a mitad de camino entre el Lago Tanganyika y el Lago Victoria), y otra expedición sueca a la Antártida en 1901 (con un tripulante argentino a bordo), también terminaba en fracaso, la expedición de Andrée simbolizó toda la frustración de una utopía irrealizable. Un cuarto de siglo después, el norteamericano Richard Evelyn Bird, alcanzaría el Polo Norte saliendo desde Spitsbergen en un vuelo de ida y vuelta de apenas dieciseis horas. El hito que ya es parte de la confianza en las máquinas, propia del siglo XX. Recién en 1930, el *Bratvaag*, una pequeña embarcación pesquera, descubría en las cercanías de New Iceland, las ruinas de un refugio en cuyo interior había restos humanos y un manojito de anotaciones y fotografías que relataban los últimos días de los tripulantes del Aguila.

3) Réquiem para la literatura de viaje. Hetzel había encontrado *Cinco semanas en globo* interesante pero mal construida y de pésimo estilo. De inmediato señaló al joven autor que una eventual continuación de su colaboración debería contener menos ciencia. El 24 de diciembre de 1862 aparecía el libro, el primero de cuarenta y seis relatos de viajes extraordinarios que Verne escribiría en el lapso de cuarenta y cinco años. El éxito fue tal que inmediatamente los editores le solicitaron su pluma en exclusividad. Veinte mil francos por otros tantos años, a razón de dos novelas por año. El contrato se prolongaría por veinte años más el precio acordado de clausurar el proyecto de crear una literatura de la edad científica. Parto forzado de la ciencia ficción.

La experiencia gobernó el relato de viaje decimonónico. Este era portador del progreso científico. La velocidad en las comunicaciones atentó contra el tiempo disponible *'in situ'*. El globo y luego el avión fueron verdugos del escritor-viajero. Así también el perfeccionamiento del atlas tan necesario para los apetitos neoimperiales y el triunfo de la ficción en la historia contemporánea de la lectura. La impronta de la subjetividad y del poder distanciaría sin remedio el ego del autor del encuentro. Señales de un nuevo siglo que iba mostrando el cambio de época.